



Foto: Aurora Álvarez Narváz (Uciencia).

El Sol en la vida y la economía del Mediterráneo a lo largo de la historia

El astro rey ha sido desde el antiguo Egipto hasta nuestros días una fuente de energía y de progreso, a la vez que se ha convertido en uno de los principales diseñadores del paisaje mediterráneo rural y urbano. Es, junto al mar y sus playas, el auténtico “petróleo” del sur de Europa.

> **Fernando Almeida García** / *Profesor del Departamento de Geografía*

El sol ha tenido siempre un papel central en la vida de los pueblos del Mediterráneo; estos lo adoraron como divinidad tanto en el antiguo Egipto (Ra), como la antigua Grecia (Helios). Numerosas celebraciones se asociaron a esta estrella, como la del Sol Invictus de los romanos, que terminó derivando en la Navidad.

Pero la estrecha relación con el sol está también ligada a un clima singular. El mar Mediterráneo ha dado lugar a un clima específico, propio y benigno que tiene un verano caracterizado por una presencia muy permanente del astro rey. A diferencia de la mayor parte de los climas, el verano en el Mediterráneo es poco lluvioso.

El Mediterráneo ha dado lugar a un clima propio y benigno con un estío caracterizado por la presencia continua de sol



Fotos: Aurora Álvarez Narváez (Uciencia).

Foto: Archivo.

La intensidad del verano en esta zona ha marcado el ritmo de vida de las personas, la fauna y la vegetación. Mientras el invierno, sobre todo en la costa mediterránea, no es un freno para la vida, el verano puede ser intenso y marca un periodo de aletargamiento, casi de “hibernación”. Es decir, tanto el sol como el calor son claros reguladores del modo de existencia en este punto del planeta.

El sol y el clima han ayudado a conformar un paisaje mediterráneo rural y urbano muy característico, adaptado al

El ciclo del sol y el verano ha hecho que las costumbres y las tradiciones se hayan acompasado a los ritmos estacionales que coinciden con fiestas y ritos

periodo crítico del estío. De esta forma, las cosechas de cereales o la vendimia se suelen realizar antes o después de la canícula, periodo en que las temperaturas son más altas. El calor del sol se reservaba para ciertas actividades, como por ejemplo, la seca de la pasa. El ciclo del sol y el verano ha hecho que las costumbres y las tradiciones se hayan acompasado a estos

ritmos estacionales, que se celebran con fiestas y ritos como el Corpus Christi, la Fiesta del Carmen o la de la Vendimia, entre otras.

Pero también la citada benignidad del clima y la presencia habitual del astro rey han influido poderosamente en el modo de vida de los pueblos ribereños del Mare

Nostrum. No se entendería la frecuente ocupación de la calle y el espacio público sin la calidez del sol mediterráneo. Esto es un hecho común a las ciudades bañadas por este mar y a las influidas por la propia cultura mediterránea. También estas urbes mostraban de forma tradicional sus defensas frente al inclemente verano: las calles estrechas, los patios, las pequeñas plazas arboladas..., es lo que podríamos denominar “el paisaje urbano mediterráneo”.

Las ciudades mostraban sus defensas frente al inclemente verano: calles estrechas, los patios o las pequeñas plazas arboladas son clave en el paisaje urbano del Mediterráneo

Pero también su visión luminosa ha atraído a los viajeros a lo largo de los tiempos. El contraste entre el brumoso norte y el deslumbrante sur ha sido una constante histórica, aunque algunos se quejaron del sofocante estío. El Mediterráneo ha tenido un gran magnetismo para sus pueblos

próximos; ya sea por su pasado histórico, su cultura o su clima, se ha mantenido en el tiempo una imagen de cálido paraíso perdido. Desde los pueblos germanos en el ocaso del Imperio Romano, hasta el inicio del “Grand Tour” de la aristocracia inglesa hacia el siglo XVIII, muchos



Calle Larios, Málaga. / Foto: Kainita (Wikimedia Commons).



Feria de agosto en la calle Larios de Málaga. / Foto: str0b0s (Flickr).



El sol atrae el consumo en el exterior de los locales de restauración en cualquier época del año.



Playas de Calahonda, Nerja. / Foto: Luzzyacentillo (Wikimedia Commons).

A mediados de los 50 se extendió la voz del descubrimiento de sol sin restricciones en estos puntos geográficos, y a ese grito comenzaron a llegar millones de personas

fueron los peregrinos que se dirigieron hacia este mar atraídos por esa imagen de cultura y edén. Cuando el viajero sea reemplazado por el turista y la cultura por el relax, el sol va a jugar un papel fundamental en la vida de los pueblos de la zona. Es el inicio de la última invasión, la horda dorada de los turistas que empuñan la toalla y las chanclas. También en el turista noreuropeo queda reminiscencia del paraíso que sus élites visitaron tiempo atrás, pero sobre todo lo que desean es aprovechar un recurso abundante en el verano mediterráneo: el sol.

Este se ha convertido en el petróleo de muchos de los países del sur de Europa, junto con las playas y el mar. Como los descubridores de oro en California, a mediados de la década de 1950, se extendió la voz del descubrimiento de sol sin restricciones en el Mediterráneo, y a ese grito comenzaron a llegar millones de personas.

También la necesitada España de posguerra y Málaga se añadieron al nuevo fenómeno del turismo de verano. Los nuevos peregrinos del norte desembarcaron

en el Mediterráneo español en busca de los baños de sol y la luz cálida del mar. Estos querían olvidar por unas semanas las brumas septentrionales. La costa mediterránea andaluza se transformó en Costa del Sol, aunque esta denominación terminó asentándose exclusivamente en la costa malagueña. Así, este término pone de manifiesto la importancia del sol, hasta el punto de identificarlo con una ciudad como Málaga.

De la misma forma que la cultura mediterránea es una sucesión de capas históricas aportadas por las diversas ideas y pueblos que han recorrido este mar, ha ayudado a construir otras culturas como la occidental o la islámica. Todo ello alumbrado bajo el mismo sol del Mare Nostrum. ●